

## Segunda parte del diálogo. -- Casa de doña Adelaida.

*D. Martín.* Mi Señora D.<sup>a</sup> Adelaida; puesto que en las anteriores noches hémonos ocupado de asuntos indiferentes y generales, para cubrir lo que la etiqueta prescribe cuando la amistad está en ciernes, en la actual tendríamos un especial gusto de que V. continuase su historia literaria. Nuestra satisfacción será tanto mas graduada, cuanto que está presente la amable Baronesa que es el otro polo sobre que debe girar aquella.

*D. Pablo.* D. Martín acaba de interpretar fielmente nuestros deseos.

*D. Diego.* Efectivamente.

*Adelaida.* No correspondería á las inequívocas pruebas de bondad y afecto que estoy recibiendo de VV. desde que honran mi casa, si dejase de complacerlos.

*D. Martín.* Esa amabilidad multiplica á V. los títulos á nuestra gratitud.

*Adelaida.* No hago mas que llenar con gusto un deber.

*D. Martín.* V. no puede tener deberes hácia nosotros, ó al menos, el gusto con que se cumplen siempre nos obligarán al reconocimiento.

*Baronesa.* Este D. Martín siempre tan galante y tan cortés.

*D. Martín.* A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

*Adelaida.* Anudaremos el hilo que dejamos roto en las obras de los latinos.

Cuando tuvimos una idea bastante exacta de estas y de su mérito relativo, nos creímos dispensadas de entretenernos en algunas obras que figuraban en segunda línea.

*Baronesa.* Ahora lo siento infinitamente, porque carezco del placer de poder decir, me son conocidos todos los escritos que se publicaron desde Julio César hasta el Emperador Augusto.

*D. Pablo.* En mi concepto no debe V. estar pesadosa por haberlos dejado de leer, habiendo estudiado todos los clásicos. Los auto-

res subalternos y adocenados relajan el gusto. Son escritores plebeyos de los cuales no debe ocuparse ninguna persona sensata y de juicio recto.

*Baronesa.* Sin embargo en las obras mas inferiores, suele encontrarse alguna página embellecida con algun pensamiento superior, magnífico, descollante, cuya adquisicion, indemniza con usuras el tiempo perdido en su lectura, y enriquece nuestro entendimiento. Yo atravesaría un pequeño desierto ó arrenal, por algunas piedras preciosas que en ellos pudiera hallar.

*Adelaida.* Como nuestros deseos por instruirnos eran hidrópicos nos dedicamos á la literatura Inglesa, Italiana y Española, y con esto logramos quedar impuestas en las producciones literarias antiguas y modernas. Del parangon que formamos entre unas y otras, inferimos la superioridad inmensa de las últimas; que los antiguos tenían que rendir parias á los modernos; y que particularmente los franceses, debian ocupar el lugar preferente en el templo de Minerva.

*Baronesa.* Y entre los franceses son dignos de culto Voltaire y Rousseau, cuyo talento privilegiado y saber, les dan la presidencia en la República de las letras.

*D. Pablo.* Siento mucho tener que hacer á V. la oposicion, Baronesa. Empero el aprecio que se merecen otros franceses y mis propias convicciones me impulsan á su defensa.

Yo convengo con V. en que tanto Voltaire como Rousseau han tenido mucho talento y una instruccion nada vulgar, particularmente el primero; pero de ningun modo puedo admitir que merezcan la preferencia entre sus compatriotas. Uno y otro han dicho cosas muy buenas y muchas muy malas, que solo la corrupcion de su época pudo canonizar. Allado de una idea hermosa, y un pensamiento brillante, derriban máximas inmorales, principios disol-